



ADVERTENCIA

EL presente retiro fué predicado durante el mes de Noviembre de 1866 á las Siervas del Santísimo Sacramento.

En él vuelve á verse al Padre en medio de sus hijos; las notas, piadosamente recogidas mientras él hablaba, han conservado aquel perfume de intimidad y paternal familiaridad á que le daban derecho su título y su amor de fundador.

Únicamente en las dos meditaciones sobre el don de sí mismo, en las cuales toca el Padre á lo que la Teología tiene de más excelso en cuanto al Verbo encarnado, había algunas lagunas. Compréndese que una mujer poco versada en tales materias no pudiera seguir al Padre palabra por palabra en el desarrollo que daba de tan hermosa doctrina; pero en cambio algunas palabras quedaron colocadas aquí ó allá como jalones, como para que alguna vez fuese fácil reanudar la trama de la conferencia y darle su fisonomía completa. Esto es lo que nos hemos esforzado en realizar, inspirándonos singularmente en un retiro personal de dos meses á que el Padre puso

término, tratando del don de sí mismo, y en el cual esta doctrina expúsose detalladamente.

Esperamos que este retiro hará que se acabe de comprender cómo el espíritu de la santidad se contiene en la Eucaristía; pues en él se ponen en claro muchos secretos del amor divino y el corazón mira espaciarse ante él un campo de inmenso amor. El Padre exhortaba sin cesar al amor puro, al amor de Dios amado por ser quien es; pues por más que no rechaza el amor interesado, tan necesario á nuestra flaqueza, parece que para su alma no hay amor que le satisfaga como no sea el amor que ama por amar, que sólo ve amor en las virtudes y en el sacrificio, que en un amor más grande únicamente hace consistir su recompensa, y ni aun el cielo quiere sino por cuanto allí se ama mejor y sin fin.

Basa la práctica y la garantía de este amor en la fidelidad al deber, en la delicadeza de no ofender á Dios jamás, ni aun levemente, en el sacrificio de la naturaleza al amor de Dios, no ya en los malos instintos de ella y en las raíces que conserva del pecado, sino en sí misma, en el principio que la constituye hija del Adán terrestre, en su personalidad natural.

En efecto; el don de la propia personalidad es el medio esencial de consagrarse á vivir de amor, puesto que consiste en desprenderse de sí mismo por completo en manos de Jesucristo; en tomarle por modelo y único principio y fin; en dedicarse y consagrarse á servirle como esclavo sin nombre ni propiedad. El objeto de este don es, en cuanto de nosotros penda, poner á Jesús en vez de nuestra propia persona, y compromete-

ternos á no vivir, con su gracia, sino como naturaleza y miembros dirigidos por El.

Esta doctrina no es nueva, pues en el siglo XVII el Cardenal de Berulle la redujo á una fórmula de voto que fué aprobada por más de diez Obispos y doctores.

Por este voto comprometíanse simplemente á no retractarse jamás de la donación que se hacía de sí mismo: de su alma, cuerpo, facultades, acciones, méritos, sufrimientos y de todo el ser á Jesucristo, sujetándose á todo lo que quisiera y pudiese; y en segundo lugar, á vivir, cuanto más fuese posible, conforme al espíritu de este voto, aceptando siempre las miras y los caminos de la gracia, con preferencia á los votos naturales y á los medios humanos, abandonándose en todo y por todo á la dirección de la Providencia; trabajando siempre para Dios, para Jesucristo, elegido como único señor y dueño del ser, de todas sus propiedades, cualidades, acciones y posesiones.

Esto no ocasiona ningún recargo de quehaceres, ni obligación alguna bajo la pena de pecado, sino una obligación de amor, una elevación de intención: en esto consiste todo ese hermoso voto. ¿No realiza en nosotros la vida de Jesucristo? Y continuado en la práctica con buena voluntad y perseverancia, ¿no formaría Santos, es decir, otros que fuesen al modo de Jesucristo?

A continuación del retiro de que antes hablamos, en 21 de Marzo de 1865, hacia el Padre su voto de don de sí mismo á Jesucristo, resumiéndolo en estas dos frases: «Nada por mí, nada

para mí; todo por Jesucristo, todo para Jesucristo en mí.»

Después, comprendiendo cuán poderoso es este medio de santificación, puesto que nos pone en la gracia perfecta del Cristianismo, haciendo completa donación de nosotros á Jesucristo, y renovando y perfeccionando por medio de un voto libre y reflexionado la consagración que de todo nuestro ser se le hizo en el bautismo, exclamaba: «¡Ah! Si yo hubiese comprendido antes este medio, ¡cuánto tiempo ganado y cuantos méritos más para Jesucristo! ¿Quién efectivamente, no comprende que este voto no es sino una renovación explícita de los votos del bautismo, llevada, á la luz de la fe, hasta sus últimas consecuencias? — Entonces se renunció al demonio y á sus obras, ó sea á todo lo que es del demonio en el hombre y á cuanto meramente de Adán hay en nosotros, para pertenecer á Jesucristo. ¿Pero es que únicamente por los actos de la vida cristiana, por el cumplimiento de la ley debemos ser de Jesucristo? — ¿O no es más bien, en primer lugar y sobre todo, por el fondo mismo de la vida, por una pertenencia radical, voluntaria y absoluta que abarque tanto al ser como sus actos?

La gracia santificante, que es la vida de Jesús en nosotros, es un estado, algo estable, fijo, inherente á la substancia misma de nuestro ser regenerado; por consiguiente, es de un modo análogo como debemos darnos á ella, por estado, por una perpetua profesión de no vivir sino de ella, en ella y por ella. — El don de sí mismo no es otra cosa que esta profesión.

También, piénsese ó no en ello, se halla en el fondo de los votos religiosos; de modo que por poco que se desee practicarlos de una manera perfecta, se le ve surgir como fruto natural de esta consagración, que en verdad tiene por objeto entregar todo el ser á Jesucristo. ¿A qué aspira en este punto la consagración religiosa sino á reproducir la vida del mismo Jesús, el primero y perfecto religioso de Dios y que sólo fué así porque había sacrificado su persona humana al Verbo y que viviendo de esta suerte separado de sí mismo, hallábase, por estado, siempre ofrecido é inmolado al Padre por el Verbo?

Léanse con atención las meditaciones de este retiro y las del precedente, y se comprenderán con facilidad el espíritu y la práctica del voto de impersonalidad, según lo entendía el Padre. A los que deseen más amplias exposiciones, les recomendamos un opúsculo del P. Grou, intitulado: *Du don de soi-même à Dieu* (Del don de sí mismo á Dios), continuación de un *Retraite sur l'amour de Dieu* (1) (Retiro acerca del amor de Dios); además la *Vie du P. Charles de Condren*, por el abate Pin (2), en que se expone la perfecta práctica; y, por último, en las obras del Cardenal de Berulle, los *Discours et Elévations sur l'Incarnation* (3) (Discurso é instrucciones acerca de la Encarnación.)

(1) Lecoffr., París.

(2) Chauffard, Marsella.

(3) Migne, París.





HAY QUE CONVERTIRSE

CONTINUAMENTE

UN retiro es la mayor de todas las gracias, porque contiene todas las de conversión y renovación en la vida de piedad; así es que cuando quiere Dios convertir á un alma, pónela retirada. Todos estamos necesitados de conversión, porque tenemos defectos y en nosotros llevamos al hombre viejo. Es verdad que en la vida piadosa los defectos son menos vastos y aparentes; pero como pécase en ella contra el amor privilegiado de nuestro Señor, causan más pena á su corazón.

Es el retiro una verdadera conversión del hombre viejo en el hombre nuevo, ó de una virtud imperfecta en otra perfecta; y creed que más trabajo cuesta salir de un estado imperfecto que del pecado, porque el mal se percibe menos, no se le confiesa, y hasta el orgullo le considera muchas veces como bien. ¡Cuán difícil es persuadir á quienes son perfectos á medias de que están muy por bajo de lo que nuestro Señor quiere de ellos, así como moverlos á que declaren sus faltas!

¡Oh! No me gusta oír decir: «Estas son religiosas y santas; por consiguiente, son ángeles!» Todo eso no es sino tierra tirada á los ojos, pues uno es santo cuando entra en el cielo.—Á la luz de nuestro Señor examinaos detenidamente: considerad los deberes de vuestra vocación y decidme si sois santas.

No quiero decir que tengáis en la conciencia pecados de esos que nos hacen rodar por el fango; pero tenéis los del santuario, los pecados cometidos en el servicio de Dios, los cuales tanto mayor pesar producen á nuestro Señor, cuanto más nos ama y más gracias nos concede.—¡Oh! ¡Cómo se apena y entristece nuestro Señor viendo que aun á sus pies le ofendemos, ante su vista, y que en medio de sus gracias de elección vivimos, no de Él y para Él, sino del hombre viejo y para el hombre viejo!

¿No está en nuestra vida, en nuestros pensamientos y acciones el orgullo, ese orgullo que en sí mismo se complace y juzgando en secreto á los demás, pónelos por bajo de él, estimador nada más que de su propia excelencia?—Aquí tenéis una conversión que es preciso realizar: la del orgullo espiritual, que es de todos el peor, porque entonces se tiene orgullo por la gracia recibida y por el bien practicado.

¿Por ventura no tenemos amor propio, ese egoísmo que induce á no amar á Dios por Él, sino para sí propio; ese orgullo personal que mueve á que se ponga uno á sí mismo y no á Dios, como fin de la vida que se tiene y del amor que se profesa? Sin darse cuenta de ello, el hecho es que existe: es el perpetuo yo.

Á todos alcanza este mal, pero en comunidad se padece con más frecuencia que en la vida piadosa

que se tiene en el siglo; pues allí las penas diarias, las cruces de todas clases, no dejan tanto tiempo para pensar en sí mismo: siendo mayor la tarea consistente en resistir y combatir, olvidase más fácilmente el yo espiritual y personal: pero en comunidad, donde la vida se efectúa bajo un espléndido sol de gracias, consérvese en el corazón el amor propio; contéplase uno incesantemente y se erige en fin de sus pensamientos y virtudes.

Ahora bien, adoratrices; por lo que á vosotras atañe, mándaos la regla amar á Dios con el sacrificio de vuestra propia personalidad, la cual de continuo se inclina á convertirse en centro y fin, á ser algo que se halla fuera de Dios.

Ese amor de la propia personalidad es también el foco de la pereza y sensualidad, gusta del descanso y repele la mortificación, pues ésta no es querida por el hombre viejo, que sólo ansia su reposo y tranquilidad, porque es naturalmente perezoso.

Además, vuestra virtud más saliente es la humildad de amor, que es la virtud real que realiza el don y sacrificio de la propia personalidad, y de la cual deben sacar su savia todas vuestras demás virtudes; por lo cual, si no la tuvieseis, aunque las otras os adornaran, sería como si echaseis en saco roto.

Ella forma la virtud propia de la Eucaristía y es el amor de nuestro Señor al anonadamiento por el hombre; de modo que si de ella carecéis, os falta vuestra virtud característica.

Pues os llamáis siervas del Santísimo Sacramento, decidme: ¿cuál es la virtud propia del que sirve, sino la humildad?—El servidor no tiene nombre, casa, ni es de sí mismo, sino que se convierte en cosa de su

dueño; el servir es su condición; su fin el interés de su amo; su nombre es éste: el sirviente.

Luego en aquel punto estriba todo para vosotras; por lo cual es necesario que el retiro os perfeccione en dicha virtud, y que por adquirirla trabajéis toda vuestra vida, pues nunca lograréis abrazarla por completo, supuesto que es la perfección de nuestro Señor; así os digo que la más santa de todas las adoratrices habrá de ser la que crezca en la humildad de amor.

Por consiguiente, mirad con detenimiento si trabajáis por esto, y á qué altura os encontráis en virtud tan necesaria; escudriñad si amáis á Dios con amor perfecto, ó si, por el contrario, amáis las virtudes, las buenas obras, las gracias y al prójimo por consideración á vosotras, y no por Dios; observad si os habéis constituido en vuestro fin y centro propios: ¡hay que llegar al amor del anonadamiento!

Durante este retiro, encaminadnos primeramente á la gracia de conversión, y comenzad por ella; colocaos después en vuestra gracia de vocación, y, por último, en vuestra gracia de adoración, que son los tres grados de gracia que os ha concedido Dios, y que exigen de vosotras sus correspondientes deberes.

Examinadlas á la luz de amor que nuestro Señor os ofrece en estos días de gracia, en los que quiere demostraros su amistad, hacer que reposéis á sus pies, restaurar vuestras energías y hacer que recabéis nuevo fervor. Durante ellos, proceded de tal manera que este retiro exceda en bondad á todos.



EL AMOR ETERNO DE DIOS

VERDAD que debe ser objeto de nuestras meditaciones durante toda la vida es ésta: Dios nos viene amando desde toda la eternidad; siempre hemos existido en el amor de Jesús sacramentado; siempre estuvimos presentes al pensamiento de la Santísima Trinidad, pues el Padre pensaba en su criatura, el Hijo en los que había de redimir, el Espíritu Santo en los que tenía que santificar.

¡Siempre me ha amado Dios! Gran pensamiento, que revela nuestra grandeza y la nobleza de nuestro origen. En la nada estábamos todavía, y ya teníamos preexistente á nuestra creación una vida en Dios, el cual nos veía y nos amaba con amor de benevolencia, como una madre ama al hijo que lleva en su seno.

Nos estrechaba sobre su corazón. Esta criaturita nacerá en tal tiempo, concurriendo tales circunstancias; tendrá tal gracia y me amará. Esta verdad debe causar en nosotros gratitud, pues como Dios fué el primero en amarnos, nuestro amor le pertenece y nunca satisfará lo que debe al amor infinito,

por lo cual debemos responder á la criatura que nos pidiese el corazón: «Se lo debo á Dios, que fué el primero en amarme».

Dios, suma bondad, nos ama con amor de benevolencia, y no interesadamente, puesto que no necesita de nosotros; luego nos ha amado tan sólo para demostrarnos amor, un amor absolutamente gratuito: nos ama para hacernos felices. Todo me lo da sin interés alguno, porque yo soy incapaz de aumentar ni su dicha ni su gloria.

Además, nos ha creado en las mejores condiciones de gracia: en un país católico, con padres cristianos que nos han dado una educación piadosa; y aparte de esto, ¿cómo podríamos enumerar las gracias todas de que nos ha rodeado para conducirnos adonde estamos?

Os ha escogido para servirle en su Sacramento de amor y para que le pertenezcáis exclusivamente. ¿Krais merecedoras de Él? Aquí tenéis, por consiguiente, una gracia de preferencia. Pero con ésta os revela el plan completo de su amor eterno, se os manifiesta el designio de su providencia. Si os predestinaba, os creaba y os conservaba en su amor, era únicamente para que algún día pudierais conocerle, amarle y servirle mediante el don de vuestra vida, para que completamente os entregaseis á Él, que es el que todo os lo dió.

Porque Dios quiere ser fin y centro del amor del hombre, á quien ha sometido cuanto en el universo existe; pero le pide para sí su amor, para Él tan solo, pues se lo ha reservado expresamente y quiere ser el término de ese amor y poseer por completo las primicias de su amor, de manera que en esto no haya limitación, supuesto que quiere que le

amemos con un amor filial, absoluto, soberano: tal es el mandamiento que ha dado para todos los hombres.

Pero hay un amor que Dios no exige á todos y que, por lo tanto, somos libres en cuanto á ofrecérselo, y es el amor virginal que se rinde á Él sin partirse en modo alguno con la criatura. Libertad teníamos antes para ofrecerle un corazón virginal, ó bien para unir con Él en nuestro amor á otra criatura por medio de una alianza consagrada por Él mismo. Mas por digna que fuese aquella partición, hemos preferido á Dios sobre todas las cosas, porque se nos ha revelado con mayor amabilidad y á nuestra alma se ha manifestado con más amor que á muchas otras. ¡Ah qué bien se mira en esto su benevolencia, la fineza de un amor privilegiado! Por eso le debemos un amor total, único, entero.

El nos dijo: «Como criatura me eres deudora de un amor filial; pero si además quieres amarme con amor puro y virginal, Yo te amaré con un amor único y te introduciré en lo escondido de mi Corazón.» Entonces, enamorada vuestra alma, exclamó: «¡Dios mío, tan sólo á Vos amaré!»

¡Cómo debéis dar gracias á Dios, suma bondad, por haber preparado y guardado para vosotras esta gracia de elección! ¡Qué ventura! ¡Cuánto honor! ¡Ay! ¡Cuánto debéis amarle!

Y ahora, ¿de qué manera habrá que responder al amor de un Dios que quiere que á Él únicamente améis y ser el único fin de vuestra vida, de vuestra inteligencia y de vuestro corazón? ¡Ah! Pidámosle perdón por haber dejado pasar sin amarle tanto tiempo de nuestra vida; manifestémosle nuestra gratitud, vivamos en acción de gracias, y así le tri-

butaremos los frutos de la gracia de que hasta ahora le hemos defraudado, amándole muy poco hasta el presente.

Generalmente se dice que tiempo perdido jamás volvió; y aunque esto es verdad cuando el amor se concreta al cumplimiento de la ley, se recupera el tiempo perdido y es como si volviese, cuando se abrazan los consejos evangélicos y se hace más de lo que en rigor hay obligación de hacer. En verdad que es espectáculo bellísimo el ver á un alma que, deseosa de reparar lo que de amor ha perdido, dice: «No quiero contentarme con la ley; necesito amor, y nada será demasiado para el amor de un Dios.» En un día hace más esta alma que otra en toda su vida. Así fué como Santa Magdalena rescató con un acto de amor todo su pasado: «¡Porque ha amado mucho, remitidos le son todos sus pecados!»



CONFERENCIA

TOCANTE Á LA DIRECCIÓN

LA dirección tiene que mirar, no á vuestros pecados, sino á vuestros defectos; por lo cual habréis de inquirir y exponer ante ella vuestros defectos referentes al cuerpo, á la mente, al corazón, á la voluntad; vuestros defectos en el servicio de nuestro Señor.

Defectos del cuerpo son los exteriores, originados del temperamento y carácter de cada uno.—El temperamento solo no constituye un defecto, mas sí sus demasías y sus ímpetus contra la sana razón.—Eres viva. ¿Esto es causa de defecto?—No; pero ¿gen qué cosa os excedéis por vivacidad? Ahí tenéis el objeto de la dirección; ese exceso es el defecto que se trata de corregir.

Recordad fijamente que antes que nada importa corregir el exterior: por consiguiente, poned vuestra alma en vuestro exterior, á fin de ver qué es lo que hay en él que rehacer.

En seguida hay que examinar si el corazón tiene defectos, es decir, si se tienen afectos desarregla-